

le prometieron, mas no se le dieron, porque todavía no se habian fabricado sobre el ayunque durísimo de la cruz, ni se habian templado con la sangre del Salvador; este tenia reservado para sí su primer uso y ejercicio. Aun al parecer no se habian acabado de perfeccionar, aun estaban metidas en el horno ardentísimo de la pasión cuando el Señor debia abrir con ellas el primero las puertas del Paraíso al ladrón y homicida, para que tú después con su ejemplo las abrieses también á los publicanos y meretrices. Tú ejercerás el juicio sobre aquellos que confesarán su culpa y esperarán con resignacion y paciencia su castigo y su pena; por esto tendrás una jurisdiccion ordinaria y la potestad de juzgar, para lo que se requieren dos cosas, á saber: la autoridad de conocer y de pensar sobre la culpa, y la potestad de juzgarla y absolverla ó condenarla; cuyas dos cosas te daré á su debido tiempo con el nombre, uso y ejercicio de estas llaves que ahora te prometo.

La potestad de estas llaves es la de juzgar en el foro de la conciencia, pero no sobre los cuerpos; y esta potestad consta de dos cosas, á saber: de la de discernir ó conocer en el exámen y averiguacion de la causa, y de la de definir y determinar por sentencia condenatoria ó absolutoria. La primera potestad se llama ciencia, no como hábito de conocimiento, sino como autoridad y potestad de discernir y juzgar por la ciencia antes habida y adquirida; y la segunda se llama el poder de admitir ó excluir del reino, segun el verdadero juicio que se forma, mediante el que deben ser los indignos excluidos y los dignos admitidos, por lo que dijo san Bernardo [1]: Pedro recibió las llaves en la ciencia y en la potestad que de arriba se le dió, y estas son la potestad de abrir y cerrar, y la discrecion para discernir entre los que deben ser admitidos ó excluidos. Esta potestad de atar y desatar no se dió sola y exclusivamente á Pedro, dióse también por el Señor á los demás apóstoles, é igualmente á los demás obispos y presbíteros, y en ellos á toda la Iglesia. Bien entendido empero que lo que es el poder de la autoridad radica en solo Dios, el que la concede mediante la infusion de la

[1] Div. Bernard. Sermon 69 in cantica.

gracia: la potestad de la excelencia está en Jesucristo, que abre por el mérito de su pasión, y la potestad ministerial está en los prelados de la Iglesia, que abren por el ministerio de los sacramentos. Pero de tal manera recibió Pedro el poder de las llaves y el principado de la potestad judiciaria para que entiendan cuantos creen y están esparcidos y diseminados por todo el orbe, que todos aquellos que voluntariamente se separasen de la unidad de la fe y de la sociedad y comunión de la Iglesia, que de ninguna manera pueden ser desatados de las ligaduras de los pecados ni pueden entrar por la puerta del reino de los cielos.

Oigan esto pues los obispos y prelados de la Iglesia, y si se agran y gozan en su dignidad, no se ensoberbecen en su potestad. Si ataren como Pedro y como él desataren, ligado quedará lo que ligaren y desatado lo que desataren. Imitenle pues en la discrecion y en la justicia los que quieren imitarlo en la potestad de atar y desatar. A él solo se le dijo esto por Jesucristo para que los demás se mirasen en él como en un espejo, y así vivan, y así aten y así desaten, que de la paz y concordia nunca se aparten. Por lo que dijo san Gregorio [2]: Con grande moderacion procuren los pastores de la Iglesia atar y desatar; pero aunque justa ó injustamente se vea obligado á ello el pastor, siempre su sentencia ha de ser temida y respetada por la grey. Tiemble pues el pastor de absolver ó ligar indiscretamente, y el que está bajo su custodia tema de ser ligado, ni reprenda temerariamente en el fondo de su corazón el juicio del pastor, aunque injustamente se viese ligado, no sea cosa que por la soberbia que le inflama le resulte después una culpa que antes no tenia.

Alegres debian estar los apóstoles y sumamente contentos por las grandes noticias que habian adquirido acerca de la persona de su Maestro, y tal vez se hallarian en disposicion de revelarlas, cuando su Majestad les prohibió á todos en general y muy severamente que á nadie dijese que él era Cristo, el enviado é Hijo único de Dios. Dándoles é entender, que aunque no queria tener cautiva la

[1] Div. Gregor. Hom. 26 in Evangelia.

verdad, sino que su voluntad era que fuese conocida y creída de todo el mundo; no conociendo ellos todavía los designios de la Providencia adorable de su Padre ni las economías de la predicación evangélica, sobre lo que les instruirá sucesivamente, les manifestó que solo á él era á quien entonces tocaba anunciar los misterios sublimes de la divinidad del Hijo único del Padre, establecer esta revelación con milagros, y sellarla con toda su sangre, pero que ellos debían esperar el misterio de su Resurrección y que se derramase el Espíritu Santo sobre su corazón; que en el poco tiempo que le restaba de vivir, consumaría lo que le faltaba, para dar el último testimonio de la verdad que su Padre les había dado á conocer y Pedro acababa de confesar. Que entonces ellos la propondrían al universo como una verdad, cuya fe sería principio de toda justicia y fundamento de todo culto agradable á Dios. Véase pues por esto, que esta prohibición fué temporal y por muy corto espacio de tiempo, porque si antes de la pasión de Jesús se hubiese divulgado este importantísimo dogma, se habría irritado la fe en el corazón de los que creían por el escándalo futuro de la pasión, como á pesar de todo esto sucedió en verdad con los mismos apóstoles que abandonaron cobardemente al Salvador.

El tiempo de la pasión era tiempo de ignominia y de que se manifestase la enfermedad y flaqueza de los hombres; pero después de la resurrección, conseguida ya la perfecta victoria de la muerte, era el de que se manifestase la gloria de su Majestad. Cuando cesó la causa, esto es, el escándalo de la pasión, cesó el efecto, esto es, la prohibición; así es, que dijo el Crisóstomo [1]: Si manifestamente hubiese sido conocido por Hijo de Dios, nadie se hubiera atrevido á echarle encima la mano, y ni hubiera sido crucificado, ni hubiera resucitado de entre los muertos; por consiguiente el reino del infierno estaría sobre la tierra y el diablo dominaría todo el universo. Y san Ambrosio añade [2]: Por muchas razones mandó el Señor á sus discípulos que callasen en esta ocasión, para engañar al príncipe de las tinieblas, para huir la vanagloria, para enseñar la humildad

[1] Div. Crisostom. Hom. 55 in Math.

[2] Div. Ambros. in cap. 9 Lucæ.

y para no oprimir á los discípulos rudos todavía é imperfectos con la pesada carga de una mayor y mas interesante predicación. Prohibióseles antes evangelizar al Hijo de Dios para que después lo anuncien crucificado. Esta es la gloria de la fe, si bien quiere entenderse, la cruz de Cristo. Estas verdades tenían mucho de grande, sublime y verdaderamente divino. Su cumplimiento es hoy nuestra dicha y nuestra gloria. Por ellas somos verdaderos adoradores y es honrado Dios por los hombres como merece serlo. Pero tambien es preciso confesar que estas tristes predicciones, anunciadas sin prevención en un tiempo en que todavía no estaban dispuestos los corazones para recibir las, ó hubieran escandalizado enteramente á los fieles, ó tal vez los hubieran retraído de creer.

Jesucristo, que comprendía bien hasta dónde había de llegar la resistencia de los mismos apóstoles, á quienes acababa de manifestar tan explícitamente su divinidad, quiso dar con ellos un grande ejemplo al mundo poniendo á una dura prueba toda la sumisión y rendimiento de su fe; y al mismo tiempo que les previno que callasen, les encargó que lo dejasen obrar según los designios de la providencia de su Padre, y que á lo mas se contentasen con anunciar, como hasta allí lo habían hecho por su orden, que el reino de Dios se acercaba; que ya había llegado el tiempo anunciado por los profetas, y que para coger sus frutos convenia disponerse con la penitencia; que este sería el orden de los sucesos que bien pronto verían pasar delante sus ojos; que no quería ocultarles cosa alguna, y que convenia prevenirlos contra los escándalos, de los cuales conocia que se dejarían llevar fácilmente.

Advertidos con estas prevenciones, continuó el Señor manifestándoles los futuros, pero muy cercanos acontecimientos, y así les dijo: Sabed, discípulos míos, que tiene determinado mi Padre que yo vaya á Jerusalem, y que aunque soy su Hijo único y primogénito de los hombres, he de padecer mucho allí de parte de los escribas, de los príncipes, de los sacerdotes y de los ancianos de la nación. Que después de haber experimentado todas las indignidades y afrentas, y padecido todos los tormentos que pueden imaginarse y discurrirse, seré reprochado de ellos y entregado á la muerte en ignominia,

y al tercer día resucitaré á una nueva vida. Y finalmente, sabed que hasta después de cumplidos estos oráculos, no predicareis públicamente ni anunciareis lo que al presente habeis confesado en secreto. Amargo y durísimo pareció este relato á unos hombres tiernamente adictos á su buen Maestro. Y Pedro, que le amaba mas que los otros discipulos, no solamente se halló sorprendido, sino que se manifestó muy inquieto y ofendido; y cogiendo al Señor por la mano y separándole de los demás para evitar el que se dijera que los reprendía, poseído de un verdadero amor y de un dolor vehementísimo, le dijo: No, Señor y Maestro mío, no sucederá esto así; no caerán sobre vos todas esas desgracias que decís. Tratamientos tan indignos no pueden estar reservados para quien es tan misericordioso con los hombres como lo sois vos.

El amor de Pedro y la escasa comprension que aun tenia de las cosas de Dios, parece que podían hacer disimulable su atrevimiento; sin embargo, no dejaba de ser escandaloso: y para prevenir al Maestro divino todas sus fatales consecuencias no pudo menos de tratar á aquel con aspereza y rigor. Empezó su Majestad mirando con rostro severo á cada uno de los apóstoles, para darles á entender que lo que iba á decir á Pedro se dirigia tambien á cada uno de ellos, si todos eran de su mismo modo de pensar; y encarándose después con aquel le dijo: Apártate de mi vista, Satanás: las reflexiones que me haces me escandalizan, y no puedo menos de oír las con horror. Hablas como hombre carnal que nada conoce de bueno ó de grande sino las cosas de la tierra, y no tiene el menor gusto en las que son de Dios.

Solo el que estuviere penetrado del celo ardiente de Pedro y animado del mismo vivísimo deseo que tenia de agradar á Jesús, podría formar un juicio seguro de la impresion terrible que habia hecho en su ánimo un descontento manifestado con tan duras expresiones. Por lo menos el Salvador amoroso tuvo la bondad de perdonar al culpado la publicidad de la reprobacion. El grande Orígenes la exposita de una manera digna de ser tomada en consideracion [1], y dice así: *Marcha en pos de mí.* Esto es, por la confor-

[1] Origen. Tract. 1 in Math.

midad de la voluntad. *Ven detrás,* y no contra mí. *Satanás,* esto es, adversario y contrario, porque contradices y hablas cosas opuestas á mi voluntad y al camino que debo seguir para alcanzar la salud universal de los hombres. No quieras impedir mi pasion; antes al contrario, sígueme y procura imitar mis pasos. Bienaventurado es pues aquel á quien Cristo se convierte y mira, aunque le mire con ánimo de corregirle. Y añadió el Señor: Eres para mí escándalo, porque me das ocasion de ofensa; y me ofendes en esto que dices y haces, porque acreditas no comprender las cosas que son de Dios, el que tiene determinada mi pasion, sino que aprecias y prefieres las cosas que son de los hombres, amándome con afecto puramente humano. Es muy digno de advertir que ahora llama el Salvador Satanás á aquel á quien tan poco tiempo hacia habia sublimado y ensalzado sobre todos los demás, lo que precisamente fué por el amor carnal que le habia pasado disuadiéndole de su pasion y oponiéndose para que no se verificara. Luego es claro que para no incurrir en estas reprobaciones de Jesús no debemos amar las cosas humanas, sino las divinas; no las carnales, sino las espirituales; no las terrenas, sino las celestiales.

Por lo demás es sumamente notorio que Pedro amó al Salvador con un amor ardentísimo; pues como se lee en el itinerario de san Clemente: Tan fervorosamente amó Pedro á Jesucristo, que después de su ascension gloriosa á los cielos, cuantas veces se acordaba de su dulcísima presencia, amabilísima compañía y tiernísima conversacion, otras tantas saltaban de sus ojos rios de tan abundantes y ardientes lágrimas, que sus mejillas parecian como abrasadas por el ardor de aquellas; de donde se infiere que por el celo y amor que al Maestro profesaba, queria impedirle su pasion. Pero como este celo era indiscreto, por esto fué duramente reprendido. Con este ejemplo debemos nosotros tambien comprender que por el alivio de las penas temporales que por nuestros pecados hemos de merecer, no hemos de abandonar los ejercicios espirituales, por los que hemos de merecer los grandes é inefables consuelos de nuestra alma.

Acabado este importantísimo discurso que encerraba tantos y tan grandes documentos, fué á juntarse el Salvador con las turbas que

lo esperaban para continuar su viaje á los contornos de Cesarea, disponiendo de tal manera sus instrucciones al pueblo que le rodeaba, que los mismos apóstoles conocían eran una continuación de cuanto hasta entonces les había dicho. Dirigiéndose pues á las turbas en general, les dijo: Si alguno de vosotros quiere ser contado en el número de mis discípulos y venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame. Una cosa es ir á Cristo ó caminar á Cristo, y otra es ir en pos de Cristo. Lo primero todos lo quieren: no hay cristiano que no desee ir á Cristo y verle donde él reina en la diestra de su Padre. Pero ir en pos de Cristo son pocos los que de veras lo quieren. Porque el camino por donde se va á Cristo está lleno de trabajos y penas, de que se resenten los regalados de este mundo; está sembrado de abrojos que lastiman los piés delicados; es cuesta arriba para los flojos, estrecho para los que dan demasiada anchura á los afectos de su corazón. Y como á estas clases pertenecen la mayor parte de los hombres, de ahí es que son muy pocos los que andan en pos de Cristo. Pero no admira tanto que estos sean pocos, como que haya quien espere llegar á Cristo no yendo por el camino de Cristo. Porque él es el término del camino y el camino mismo; fin, principio y medio de la carrera de la eterna salud. Por cuya razón, y atendiendo á que, el que para llegar á Cristo no va en pos de él por el camino que su Majestad divina le señaló, anda enteramente desviado; dijo san Crisóstomo [1]: Como sea el Salvador pio y benignísimo, no quiere tener ningún servidor engañado ó forzado, sino libres y voluntarios, y que le den gracias porque los admitió á su servicio. Así, sin violentar á nadie ni forzando á nadie por la necesidad, sino persuadiendo y haciendo bien á todos, atrae á sí á cuantos quieren servirle. Porque si alguno diese grandes sumas de oro ó repartiése todos sus tesoros á cuantos le siguiesen, ninguno habría que no corriese en pos de aquel. ¿Cuánto mas pues han de correr en pos de Cristo para alcanzar los tesoros que están en el cielo?

La abnegación de la propia voluntad y el desprecio de sí mismo son como los primeros rudimentos de la escuela de Cristo, á lo que

[1] Div. Crisostom. Hom. 56 in Math.

están unidos con eslabones indestructibles, el tomar cada uno su cruz y el seguir á Cristo; porque en estas tres cosas consiste muy principalmente la perfección cristiana. En cuanto á lo primero, ya nos dijo el apóstol san Pedro [1] *que viviésemos como peregrinos y advenedizos*; esto es, como á gente que por no saber las costumbres de la tierra podía ser fácilmente engañada, y que por consiguiente estuviésemos siempre prevenidos, absteniéndonos de los deseos carnales que levantan continuamente la bandera contra el alma. Lo que fué como si dijera: Sabed que en este camino del cielo donde andais como peregrinos, hay escondido un ejército de soldados para hacer la guerra á vuestra alma y estorbarle el paso. Estos militares aguerridos son los apetitos de vuestra carne, los que encubiertos como en emboscada os quieren sorprender, no dejándoos usar de las armas de la razón para rendiros y traeros á su partido, obligándoos como cautivos á todo lo que ella manda. En sintiendo pues algún apetito carnal que pide alguna cosa contra la ley del espíritu, tened entendido que ese es soldado que sale á cortaros el camino del cielo.

Tres cosas, según esta doctrina sana, debe negar en sí mismo el hombre para seguir verdadera y desembarazadamente á Cristo. Lo primero debe negar y renunciar lo suyo; porque escrito está [2]: *El que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Lo segundo, debe renunciar los suyos, porque también se lee en el Evangelio: *Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre, á su madre, y aun á su propia alma, no puede ser mi discípulo* [3]. Y debe renunciarse á sí mismo, desnudándose del hombre viejo con todos sus actos y pasiones, y vistiéndose del nuevo en Jesucristo, para que deje de ser lo que era y empiece á ser lo que no era. Porque ¿de qué le aprovecharía renunciar lo suyo y los suyos, si no negase ó renunciase su propia voluntad, que es la que siempre arrastra al hombre y le pierde? Jesucristo quiso dar á todos este tan grandioso como admirable ejemplo, diciéndonos: *Que bajo del cielo, no para hacer su propia voluntad, sino la de su Padre que le*

[1] Ep. 1.º Petri. cap. 2, v. 11.

[2] Luc. cap. 14.

[3] Id. Ibid.

*envió.* San Crisóstomo expresó con un precioso símil qué cosa sea negarse á sí mismo [1]: considerad, dice, lo que es negar á otro, y así entenderéis lo que es negarse á sí mismo. El que á otro niega, si ve que lo hieren, lo echan á la cárcel, lo castigan, ó que tiene trabajos, no acude á socorrerle, no se inclina á sus ruegos ni se compadece de sus miserias, porque se ha con él como persona que no conoce, con quien no tiene trato, ni cuida de sus cosas, ni se le da nada de su bien ni de su mal. Según esto pues, aquel se niega á sí mismo, que no se cuida de su cuerpo en lo que le pide contra razon y justicia, mas que si no lo conociese: si lo desprecian no hace caso de ello; si lo hieren ó hacen otro daño, no toma venganza; si padece frio ó hambre, ó cualquiera otra incomodidad, no se cuida de ello y le deja padecer; finalmente, no hace mas caso de él que si no lo conociese. Esto es negarse á sí mismo y hacerlo como lo hizo Cristo, que se depejó de su Majestad y grandeza, tomó la forma de esclavo y la figura de hombre, y vistiendo el saco de nuestra mortalidad, sufrió todos los tormentos y oprobios en su dolorosa pasion y muerte afrentosa de Cruz.

Pero añadió el Salvador que el que quisiera seguirle habia de tomar su cruz, esto es, la del mismo, porque en ella iba el precio de nuestra redencion y el peso de nuestros pecados: por cuya razon el que se precia de discípulo suyo debe estar siempre dispuesto para padecer por su amor, como él lo estuvo para padecer por nosotros, sin que nos arredren ni hagan desmayar los trabajos, por grandes que sean; no llevando por fuerza ni como arrastrando la cruz, sino recibéndola y tomándola con alegría, teniendo los trabajos por ganancia y gozándose en ellos como se gozaban los apóstoles al salir de los tribunales, porque habian sido dignos de padecer por el nombre de Cristo [2]. Esta consideracion tan consoladora para todo aquel que se ve perseguido y atribulado en esta vida, fué la que impulsó á san Hilario á que nos dejase escrito este tan sublime documento [3]: Ha de seguirse á Cristo tomando tambien la cruz de su pasion, la que si no nos tocasse por suerte, ha de ser buscada de buena volun-

[1] Div. Crisostom. Hom. 56 in Math.

[2] Actor. cap. 5, v. 41.

[3] Div. Hilar. Can. 16 in Math.

tad, y con buena voluntad debe abrazarse para seguir al Redentor. San Pablo vivia tan enteramente negado á sí mismo por seguir á Jesucristo, que dijo á los de Galacia [1]: *Para mí está ya crucificado el mundo y yo para él*; en cuya consecuencia no titubeó en afirmar cuando escribia á los colosenses: *Que vivia, pero que no era el el que vivia, sino que era Jesucristo que vivia en él* [2]. Excelentes pruebas de la abnegacion de uno mismo de llevar con entera confianza y amor la cruz de Jesús, Salvador y Redentor nuestro, y de seguirle con ardentísimo deseo de ser crucificado por él.

Arduo y trabajosísimo era este empeño, espantoso al parecer el consejo; pero no lo era menos el que después siguió. Cualquiera, les añadió, que quisiere salvar su alma, esto es, conservar su vida á expensas de la fe ó procurar su descanso en la tierra, renunciando la creencia ó la práctica del Evangelio, perderá su alma para siempre. Pero al contrario, esto es, el que perdiere su alma ó expusiere su vida, ó llegase á perderla por la confesion de las verdades que anuncio, él encontrará su vida y salvará para siempre su alma. Huyendo de la muerte hallará la muerte, y procurando conservar su vida, perderá la vida; huyendo la muerte temporal, encontrará la eterna; y deseando conservar la vida temporal perderá tambien la eterna. Su Majestad estaba previendo el tiempo de la persecucion, conocia su rigor y queria prevenir para ella. El combate habia de ser terrible, pero necesario; la victoria difícil; mas que preciso era vencer ó perderlo todo. ¿Y qué le servirá al hombre, añade el Señor, ganar todos los tesoros de la tierra, si esta ganancia le tiene de costa ó la salud ó la vida? No tiene el mundo cosa bastante preciosa para pagar la vida de un hombre si se pasa de la vida temporal á la eterna, porque nada hay en este mundo que pueda compararse con la bienaventuranza dichosa y permanente, por lo que será muy feliz el que pierda aquella por ganar esta. Sea un hombre monarca del mundo, goce de sus bienes por muchos años, no tenga nada que desear en la tierra: aun á este hombre tan dichoso, que todavía está por encontrarse, ¿qué le aprovecharia tanta felicidad temporal si perdiese la eterna?

[1] Div. Paul. Ep. ad Galat. cap. 6.

[2] Id. ad Colos. cap. 3.

¿Y de qué le servirá al hombre, continuó su Majestad, ganar á todo el mundo, si no hay en él cosa que pueda recompensar la pérdida irreparable de su alma? ¿Quién será tan loco que se atreva á escoger un goce temporal, cuyo fin ha de ser la condenacion eterna? El comprar un bien menor con menoscabo de otro mayor, aunque el uno y el otro sean temporales y perecederos, siempre se tiene por pérdida; ¿qué será adquirir un bien temporal á costa de otro eterno? Por salvar el alma todo se ha de aventurar sin reparar en la costa que para esto se haga, hasta sacarnos los ojos cuando lo pida la necesidad, ó cortarnos los pies y las manos en el sentido espiritual que lo manda Jesucristo, y dejar padre y madre, mujer, hijos y heredades, y aun ofrecer la vida del cuerpo si fuese menester. Nada sacará el hombre de este mundo cuando muera para llevar consigo, sino sus virtudes y sus pecados; dejará todo lo terreno y llevará precisamente todo lo inmortal; siendo pues el alma inmoral é incorruptible, se ha de anteponer y preferir á todo lo mortal y transitorio. Sobremanera necio y avaro, y aun mucho peor que el diablo, es el que ama mas las riquezas y tesoros del mundo que su propia alma ó que las almas de los demás, porque el diablo estima mas una alma sola que todo el universo; por lo que se atrevió á decir á Jesucristo creyendo engañarle: *Todo esto te daré, y le enseñé todo el mundo, si postrándote delante de mí me adoras.* En cuya consecuencia no titubeó el grande Orígenes en escribir [1]: Propuestas estas dos cosas, mejor hemos de escoger perder el mundo y ganar nuestra alma, que perder esta por ganar el mundo. Y san Crisóstomo concluye con este ejemplo tan familiar [2]: Si teniendo tú necesidad y colocado tú en el último extremo de la miseria vieses á tus criados que disipan en la lascibia todo cuanto tienen, ¿qué ganancia crees sería para tí ser señor de aquellos? Así pues, ¿que es lo que ganará tu alma si tu cuerpo se disipa todo entre los deleites de la sensualidad? Aunque tuvieses la sabiduría de Salomon, la hermosura de Absalon, la fortaleza de Sanson, la longevidad de Enoch, las riquezas de Crespo y todo el poder de los hebreos, ¿de que te aprovecharia todo esto si al fin tu alma habia

[1] Origen. Tract. 2 in Math.

[2] Civ. Crisostom. Hom. 56 in Math.

de ser entregada á los demonios para ser atormentada sin fin, y tu cuerpo habia de venir á ser pasto de gusanos?

Jesucristo, el mas humilde de todas las criaturas, quiso enseñar á todas con sus palabras y ejemplos, que la gloria de sus verdaderos discípulos consistia en renunciar la del mundo, porque si alguno se avergüenzase alguna vez de confesarle á la presencia de los hombres, no hay duda que él le confundiria delante de sus ángeles y santos; y que cualquiera que tuviese á deshonor el profesar sus doctrinas y el imitar sus ejemplos, se veria lleno de confusion en el dia de su triunfo; y que en fin, si alguno tuviese dificultad en creer y seguir sus máximas, tan opuestas á las del mundo, por alguna culpable consecuencia con los que lo siguen y aman, él le cargaria de oprobios á la presencia de todo el universo, cuando acompañado de sus ángeles vendria del cielo con toda la majestad de su gloria y le de su Eterno Padre á juzgar á los hombres y á dar á cada uno, ó castigo ó premio, segun sus obras, porque allí no se atenderá á las personas, sino á los méritos, sin disminucion de ninguna clase; á los justos el premio, á saber, la gloria de alma y cuerpo; á los malos el suplicio de uno y otro. Aquí es el lugar de merecer del uno y del otro, de libertar y salvar el alma, y de allí de recibir segun los méritos. Camina por tanto derechamente aquí mientras tienes luz, esto es, mientras vives, no sea cosa te cojan desprevenido las tinieblas de la muerte. Recibe aquí la muerte para que después recibas la vida inmortal: no temas, porque á las tristezas de la vida suceden después las glorias y gozos celestiales. Temes la muerte, fija tu vista en la gloria del que triunfa; te avergüenzas de la cruz, atiende á los ministerios de los ángeles. Oye y atiende por fin las palabras de san Bernardo [1]: ¿Quieres saber lo que debes á Jesucristo? Le debes tu vida, porque él por tí dió la suya.

Como los apóstoles empero eran rudos y podian caer en la duda de si vendria el Señor de la manera que les anunciaba, para que no desmayasen mientras le esperaban, les dijo: Sabed pues que algunos de los que están aquí presentes y me escuchan no verán la muerte hasta que hayan visto al que vosotros mirais ahora en todo pare-

[1] Div. Bernard. Sermon de cuadruplici debito.

cido á los demás hombres, revestido de majestad, lleno de resplandor, adornado de poder y hermosura, y sin que experimenten una alegría indecible, que será efecto anticipado de las delicias de su celestial reino. En carne mortal les manifestó, no su inmortalidad, sino una claridad en todo parecida á la luz verdadera de la futura inmortalidad; y les hizo esta graciosa promesa, que les cumplió con la mayor fidelidad y prontitud, para que vista la gloria futura de la resurreccion y la contemplacion del gozo permanente que allí habian de disfrutar, sufriesen con mas resignacion y constancia los trabajos y tribulaciones transitorias de la tierra.

## ORACION.

SOBRE LA CONFESION DE SAN PEDRO.

Dios y Señor mio Jesucristo, á quien el bienaventurado apóstol san Pedro confesó por verdadero Hijo de Dios: tambien yo, miserable é indigno pecador, confieso con toda la boca y con todo el corazon que tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo y eterno; y te ruego, Señor clementísimo, me concedas el que te confiese con mis obras, para que no negándote con ninguna de todas ellas, sea hallado fiél en tu divina presencia. Dame, oh Jesús mio! viva fe de tu divinidad y obediencia de tu ley, para que remontándome con alas de la esperanza hasta conseguir la eterna salud, vuele hasta tí con encendido amor. De tí, piedra viva, salgan rios de aguas de tus conocimientos que atraigan al seno de la Iglesia á los que tiene separados de ella el error y la vanidad de la idolatria, para que consiguiendo con Pedro tu santa bendicion, permanezca como él, firme en la fe con todas mis palabras y mis obras. Da, oh Señor y Dios omnipotente! un mismo espíritu á todos los pastores y directores de las almas, para que conspirando todos á la honra de vuestro santo Nombre, uniéndonos todos como sarmientos vivos á vos, que sois la eterna vida, crezcamos en lozanía y verdor y en frutos de virtud, como ramas dignas de tal tronco, y conformados enteramente con vuestra santa voluntad lleguemos hasta la patria eterna, donde para siempre os alabemos. Amen.

## ORACION.

PARA ALCANZAR LA GRACIA DE SEGUIR A JESUS.

Señor mio Jesucristo, Señor y Dios mio liberalísimo: tú, que te derramas cuando quieres en el corazon de la criatura y le llenas con la abundancia de tus dones, alentándole y favoreciéndole en medio de los trabajos y penalidades de la vida, concédeme la gracia que de tal manera me renuncie y niegue á mí mismo en todas aquellas cosas que temporalmente deleitan, que en todo tiempo y ocasion me aparte de todo lo malo y á tí solo honre y busque; y renunciando constantemente á mi propia voluntad, á tí solo busque y por tí obedezca siempre á todas las criaturas. No me niegues la dicha de que lleve con paciencia y solo por tu amor la cruz de las aflicciones y penalidades de la vida. Sea para mí este pensamiento espuela que me aliente á ir en pos de tí, tomando tu cruz para ser enclavado y morir en ella. No aventure yo la salvacion de mi alma por cosa ninguna del mundo, sino que siguiendo tus pasos é imitándote en todo, y conformando mi vida con la tuya, vaya en pos de tí hasta llegar á la patria donde vives y reinas con Dios Padre en unidád del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVI del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 28; y la contesta san Márcos en el VIII, desde el 13 hasta el 39, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de el de san Mateo, desde el versículo 13 hasta el 19 en la festividad de las cátedras de san Pedro en Roma y en Antioquia; la primera á 18 de enero y la segunda á 22 de febrero, y en el día de la festividad de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, á 29 de junio.

Usa tambien del mismo texto desde el versículo 24 hasta el 28, como propio de la misa del día de san Marcelo papa á 16 de enero,

y de otros muchos santos obispos y mártires; y en la misa *Sacerdotes* del comun de un mártir pontífice. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS FESTIVIDADES DE SAN PEDRO QUE SE HAN CITADO.

*San Mateo, cap. XVI, vs. 13 al 19.*

En aquel tiempo vino Jesús á las cercantas de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas. Dícelea Jesús: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo. Entonces respondiendo Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SAN MARCELO Y OTROS SANTOS PONTÍFICES Y MARTIRES.

*San Mateo, cap. XVI, vs. 24 al 28.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame. Porque el que quisiere salvar su vida la perderá; mas el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar á todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno según, sus obras.

## CAPITULO VIII.

TRANSFIGURACION DE JESUS EN EL MONTE TABOR, EN LA QUE SE MUESTRA GLORIOSO A TRES DE SUS DISCIPULOS, Y AL DIA SIGUIENTE DE BAJAR DEL MONTE, SANA A UN LUNATICO Y ENDEMONIADO QUE AQUELLOS NO HABIAN PODIDO CURAR POR FALTA DE FE.

Desde que Jesús determinó dar á conocer con toda claridad á sus apóstoles que se acercaba el tiempo de su pasión, no les hablaba de otra cosa mas que de su próxima partida, de afrentas, de ultrajes, de tormentos, de suplicios, de cruz y de muerte. Les mostraba á Jerusalem como el teatro donde se habia de representar la mas sangrienta é inhumana de todas las tragedias que jamás los siglos vieron, haciendo sus sacrílegos habitantes al hombre Dios la víctima de su propia infidelidad: no se ocupaba sino en pensamientos lúgubres y en comunicar á sus mejores amigos reflexiones siempre tristes y desconsolantes; y esto en un tiempo en que para animarlos, aunque entre los bosquejos y figuras les habia hecho una grande y consoladora promesa que debia realizarse antes de su muerte. Acercábase el término fatal, y el saberano Maestro se apresuraba